

LAS "EMBLEMAS MORALES" DE DON JUAN DE HOROZCO

Julián Gállego

Juan de Horozco y Covarrubias (o, como se lee en sus impresos, Covarruvias), forma parte, por su nacimiento y educación, del más selecto grupo toledano del siglo XVI. Su abuelo es Alonso de Covarrubias, el gran arquitecto del Alcázar y del Hospital Tavera. Sus tíos, Diego y Antonio de Covarrubias. El primero, Diego, fue Obispo de Cuenca, Presidente del Consejo de Castilla y, más tarde, del de Estado, y colaborador en las sesiones del Concilio de Trento. Dicen que viajaba siempre acompañado de su biblioteca y se le consideraba uno de los más sabios teólogos y humanistas de España. Antonio fue miembro del Consejo de Castilla, canónigo de la catedral toledana, colaborador en Trento, como su hermano, y famoso por su erudición literaria, jurídica, teológica y filosófica. Conocía a la perfección el latín y el griego, y esta pudo ser una de las razones que le hicieron amigo de Dominico Theotocopuli, El Greco, que retrató a ambos hermanos en sendos bustos (Louvre y Museo del Greco en Toledo) y, probablemente, a los pies del Crucifijo en el célebre gran lienzo del Louvre; uno de ellos figura entre los asistentes al milagroso "Entierro del Conde de Orgaz" de la parroquia de Santo Tomé, cuyo cura, Andrés Núñez, formaba parte de este grupo selecto, con el Conde de Benavente, el doctor Gregorio de Angulo, elogiado por Cervantes, y más tarde, con el predicador y poeta trinitario Fray Hortensio Félix Paravicino, que alaba en un soneto el catafalco de la reina Margarita, ideado por El Greco. El canónigo Juan Bautista Pérez dirige, en 1587, la erección de un "Triunfo de Santa Leocadia", constelado de emblemas y jeroglíficos.

Hijo de una hermana de esos dos Covarrubias fue también Alonso de Covarrubias y Horozco, que eligió el apellido materno como primero, acaso para prestigiarse del resplandor de sus tíos, quizá para que no lo confundieran con cierto Sebastián de Horozco, cronista toledano de la anterior generación, escritor destacado, a quien Márquez Villanueva atribuía nada menos que el "Lazarillo de Tormes", autor de unas interesantísimas "Relaciones y noticias toledanas" publicadas, postumamente, en 1905, por el Conde de Cedillo. Hay quien piensa que este Sebastián de Horozco pudiera ser el padre de Sebastián de Covarrubias y de Juan de Orozco. Sebastián fue canónigo de la catedral de Cuenca, consejero del Santo Oficio y capellán de Felipe III. Su obra más famosa y todavía consultada con frecuencia es el "Tesoro de la Lengua Castellana" (Madrid, 1611). Un año antes de su publicación y a imitación de su hermano, dió a las prensas un libro de "Emblemas Morales" (Madrid, 1910), que ha merecido, recientemente, una reedición facsimilar, de la Fundación Universitaria Española, con introducción de Carmen Bravo Villasante (Madrid, 1978).

No ha tenido tanta fortuna el libro de las "Emblemas Morales" de don Juan de Horozco y Covarrubias, dedicado a su tío Diego y publicado en Segovia, en cuya catedral ocupaba el sitio de Arcediano de Cuéllar, por Juan de la Cuesta, en 1589. De su éxito dan fe dos nuevas ediciones, en Segovia (1591) y en Zaragoza (1604). Previamente había publicado un "Tratado de la verdadera y falsa profecía" (Segovia, 1588), que concluye con el texto en latín, con traducción castellana, del reciente decreto del papa Sixto V contra la Astrología; dedicó ese tratado a su tío Antonio, y en él luce una erudición que no desagradaría al dedicatario. Sebastián de Covarrubias imitó a su hermano incluso en el modo de presentación de sus emblemas, en elegantes marcos, explicados en la misma página por una octava real; pero es más breve en las explicaciones en prosa, que solo ocupan una página, mientras las de Juan suelen ocupar tres, con numerosas citas al margen. En cambio, Sebastián es más abundante en el número de emblemas, trescientos, agrupados en tres centurias; los de Juan son dos centurias, que cubren los libros 2º y 3º de su obra, mientras el 1º se dedica a explicar, con claridad y método, la teoría y práctica de la Emblemática, sin más excepción que un emblema, que encabeza la obra dedicada a su tío Diego con un grabado que representa un eclipse de Luna colocado sobre una pirámide u obelisco sepulcral, ornada de la palma y el laurel, y

explicado por la primera octava real del libro, que, dando prueba de la calidad literaria del autor, dice así:

"Al que en bondad y letras fue lucero
tan claro en todo el mundo, y dignamente
del gran Philippo insigne consejero
de Estado y de la España Presidente,
pudo la luna estando ella primero
obscura, obscurecer amargamente;
mas no su nombre y fama merecida
que quanto ella durare tendrán vida".

Tras esa octava y su explicación, viene el Prólogo a aclarar el alcance moral del libro, "pues con solo ver la figura de cualquier Emblema se representa algo que sea de aviso, y si pasan adelante se gusta del concepto y lo que allí se significa, y mucho más si se lee la declaración que se sigue, en que podrá dar contento la lección clara que se hallará..." Las fuentes que señala son los Cánones y Leyes, y la Teología, partiendo de la base de que coinciden con los filósofos paganos, que en ciertos casos leyeron las Sagradas Escrituras, en el uso del verso, que hasta el demonio "procuró que hubiese estos hymnos a sus fingidos dioses" (fol. 9). Termina justificando el escribir su libro en castellano "por estar nuestra lengua tan extendida en el mundo que ya viene a ser tan general como la Latina y aun a algunos les parece que más o lo será muy presto", profecía en que Horozco no se equivocó. Ello no le impide que la mayor parte de los "motes" de sus emblemas vayan en Latín, alguno en griego y unos cuantos en español. Pero octavas y explicaciones van en lengua que es injusto calificar de *vulgar*, por su elegancia y justeza.

Este primer libro explica con mayor detenimiento y claridad que otro cualquiera de nuestro país lo que sean empresas, insignias, escudos, símbolos, pegmas y jeroglíficos, distinguiendo a todos ellos de los (él preciere *las*) emblemas. "Emblema es figura que significa aviso debaxo de alguna o muchas figuras" (fol^o 17 v^o) mientras que las Empresas son dirigidas a una sola persona. Horozco estudia los símbolos de la Biblia, concluyendo que el Arco Iris o la Zarza Ardiente son "empresas" de Dios Padre, la Serpiente de Bronce, del Hijo y la Paloma y las Lenguas de Fuego, del Espíritu Santo. Así va enumerando otros símbolos bíblicos, algunos de ellos imitados por Saavedra Fajardo en sus "Empresas Políticas" de 1640, como la Vara Vigilante (Saavedra, empresa 55).

No corresponde a esta presentación del libro de Horozco el detenernos en detalles, que serían objeto propio de una edición comentada de las "Emblemas Morales" que estoy en condiciones de preparar, partiendo de la familiaridad adquirida en el manejo del libro, de que poseo un ejemplar. Esta primera parte es la más rica y completa de los tratados españoles de este género, aunque en la práctica de las partes 2^o y 3^o el propio autor infrinja sus mismas reglas, como es usual. Las Escrituras, los Profetas, el propio Templo de Salomón están repletos de emblemas, que no proceden, pues, "de la Grecia arrogante", pese al interés que Horozco demuestra por las obras de los poetas paganos. Incluso dedica, en el capítulo VI, en relación con los emblemas amorosos, una erudita digresión sobre el Amor Divino (fols. 32 v^o y 33) donde se aprecia la influencia de Platón y del neo-platonismo.

Por lo demás, las fabulas mitológicas proceden, deformadas, de las verdades del Antiguo Testamento; así, Jano es Noé, Josué es Jason, el Vellochino de Oro de la fábula es el que se empapó de humedad en la Biblia, etc. Gracias a esta posición, Horozco puede ocuparse detalladamente de los símbolos paganos, como consecuencia de los revelados, y decorar a símbolos mitológicos o de la Historia pagana con moralejas semejantes a las que los "Diálogos de Amor" de León Hebreo (Venecia, 1541; en español, por el Inca Garcilaso) y la "Filosofía secreta" del bachiller Pérez de Moya (Alcalá de Henares, 1585) habían acostumbrado a los lectores en nuestro país y que tan acertadamente han sido estudiadas por Jean Seznec en "La survivance del dieux antiques" (Londres, 1940).

Horozco habla de insignias de Reyes y Emperadores, de pueblos y naciones, tema sobre el cual presenté una comunicación en Zaragoza, en el Congreso del C.E.H.A., 1982. (en prensa). Dedicó los capítulos XV a XVII inclusive a las reglas para inventar emblemas y empresas, con la proporción entre dibujo y mote (cuerpo y alma), ni tan claras que salten a la vista ni tan oscuras que nadie las entienda, con buen propósito y sin posibles torcidas interpretaciones, con pocas figuras, referidas a una acción o virtud por venir, aunque se basen en ejemplos pretéritos, y que sean originales y no copias de obras ajenas. El mote ha de ser breve y sentencioso, que diga algo que la figura no indica abiertamente: si la mitad se infiere del grabado y la otra mitad la dice el mote, el emblema será

perfecto.

Concluye este libro 1º con el significado de los colores aunque rara vez se impriman los emblemas en varias tintas; pero el color tuvo desde Homero a Van Gogh un sentido, muy elaborado en los torneos y en la heráldica y de uso permanente en los escritores y poetas a que he aludido en otros lugares ("Visión y Símbolos en la Pintura Española del Siglo de Oro", 1,1 edición española, Madrid, 1972, p. 228-29 y "El color en Cervantes", en preparación) y Horozco no podía silenciarlo en este su libro 1º de las "Emblemas Morales", donde tan al menudo expone la teoría del símbolo en el Renacimiento.

Como se ha dicho, los libros 2º y 3º contienen doscientos emblemas, que en muchos casos son Empresas y como tales sirvieron a Saavedra, en su intento de educar a los Príncipes. Los grabados son correctos y graciosos, aunque no muy novedosos. La influencia de la "Arquitectura" de Serlio se aprecia en algunos, en especial en la depurada elegancia lineal de los marcos de los nueve primeros y en detalles como las chimeneas vistas lateralmente (embls. XIV, libro 2º y XXXI, libro 3º). Algunas estampas son precoces ejemplos de "vanitas", como el IX del Libro 2º, con la calavera coronada de un reloj de arena alado y encima una vela cuya llama, torcida, parece presta a apagarse, con el mote "Quotidie Morimur" y la octava siguiente:

"El tiempo vuela como el pensamiento,
huye la vida sin parar un punto,
todo está en un continuo movimiento,
el nacer del morir está tan junto
que de vida segura no hay momento
y aun el que vive en parte es ya difunto.
Pues como verla ardiendo se deshace
comencando a morir desde que nace".

La semejanza con los muy posteriores sonetos de Quevedo salta a la vista. Los ejemplos de buena poesía conceptista abundan y en ocasiones alcanzan la cima de los grandes poetas. Así la octava del emblema VI (libro 2º), cuya estampa es el sol rodeado de nubes, con el mote "Post nubila clarior":

"Quien se aflige en cuydados con cuydados
se han de acabarle, o tienen de acabarse,
no tiene para que, que es escusado
en lo que no se escusa, fatigarse:
Y a vezes es contento aver passado
el mal, para que el bien pueda gozarse,
y assi tras los nublados nos parece
que el sol más que otras vezes resplandece".

Horozco enumera los autores que le han inspirado cada emblema. En este caso, de estoicismo cristiano, no podían faltar, con la Biblia y San Juan Crisóstomo, Epicteto, Séneca y Aristóteles.

Fray Luis de León se trasluce en algunas octavas, como la que ilustra el emblema XVI (libro 2º), con un pedestal que sostiene erguidos el Yugo y las Flechas de los Reyes Católicos (señalemos, de paso, que la Granada entreabierta no es de ellos, según Horozco, sino de Enrique IV de Castilla), con una corona común sobre la que se levanta el triple rayo de Júpiter, con el mote "Parcere subiectis et debellare superbos", que parece encaminada a alejar al soberano de distracciones estéticas:

"Muestren otros su ingenio levantado
en dar vida al metal, o piedra dura,
midan otros el cielo, y al culpado
defiendan otros con industria pura:
mas el arte que pide el Real estado
es regir con Inperio en paz segura;
y mostrando al soberbio su potencia,
usar con el rendido de clemencia".

En contra de la garrulería de lenguaje, la afectación, la palabrería, hay emblemas como el 1º (libro 2º) que es como una declaración previa, ilustrada con una estampa en que brilla el sol por encima del monte Parnaso y de la fuente Castalia, con el mote "Phoebo gaudet parnasia rupes" y la siguiente octava:

"Algunos ay, a quien en forma agrada
no ser en lo que tratan entendidos:
y no lo son, pues no sirve de nada
encubrir los conceptos escogidos.
La claridad del agua celebrada
y los riscos del monte esclarecidos
muestran cuan claro estilo y cuan corriente
ama el Parnaso y la Castalia fuente".

Sabrosa mezcla de mitología y realidad nos da, con intención análoga, el emblema IX (libro 2º), con una estampa ingenua y sin mote, que representa las figuras, marcadas con sus rótulos, de los ríos Ebro, (Iberus) recostado en su urna de donde fluye un caudal tranquilo, y Clamores, sentado muy tieso junto a la suya, de que cae un exiguu chorrillo, agitando un pandero con la diestra mano, y la octava que sigue:

"Tan manso se nos muestra el claro Ibero
que apenas se conoce a donde guía,
y vereys un Clamores, tan parlero
quanto turbio, correr la noche y día;
no se puede sufrir el palabrero
que tiene con dos letras fantasía,
viendo tan sin ruydo y tan callados
los que son en el mundo señalados".

Concluamos esta serie de ejemplos con dos, de tono cristiano, emblema VII (libro 2º) y emblema XII (libro 3º). El primero representa un ara o altar con dos urnas, sobre las que asoma desde una nube la figura de Dios rey con los brazos en cruz; a un lado se ven edificios, al otro, bosque. El mote dice "In manibus tuis sortes meae", y la octava:

"Pues todo es vanidad lo de este suelo
todo engaño, locura y desvarío,
y en vos, mi Dios, Señor de tierra y cielo
en vos espero y solo vos confío;
mi suerte buena o mala, sin recelo
en vuestras manos pongo, que yo fío
podré, pues vuestras manos me formaron
y para reformarme se enclavaron".

Hay en esta octava un suave conceptismo sentimental, que nos lleva hacia los poetas místicos. Pero todavía es más notorio en el segundo emblema citado, con una bonita estampa de San Jerónimo en el desierto, golpeándose el pecho con la piedra ante un crucifijo, y sin ayuda de mote alguno. La octava es digna de Lópe de Vega:

"Quando os miro, mi Dios, de amor herido
y por mi culpa en una cruz clavado
siento lo que es averos ofendido
y lo que redemirme os ha costado:
y hallándome con pecho endurecido
más que piedra, con piedra soy forçado
a quebrantarle, y aunque se defienda,
sacar un fuego que en alma prenda".

Moralista claro y justo, declarado adversario de los malos jueces, cristiano estoico, excelente poeta, Juan de Horozco, sin grandes invenciones iconográficas, logra uno de los mejores libros de nuestra emblemática en éstas, como él quiso,

Emblemas morales no lejanas de alcanzar los cuatro siglos, sin perder su lozanía. Buena ocasión de pensar en una reedición que conmemore ese cuarto centenario, en 1789.

Fundación Universitaria Española